La campana de Cereza

Cuento original · Lectura orientativa: 7–10 años · Aureliano Vargas

La campana del corral tenía un sonido pequeño: clin, clin. No era la más bonita de la granja, pero Alba podía reconocerla incluso cuando el abuelo la hacía sonar entre el ruido de los pájaros.

Los sábados, el abuelo usaba aquella campana para anunciar que era hora de preparar el recorrido de Cereza, un caballo de pelaje castaño y una mancha blanca sobre la frente. Alba conocía la costumbre, aunque siempre miraba desde fuera de la cerca mientras el abuelo se ocupaba del animal.

Ese sábado era especial. Por la tarde se celebraría una feria en la granja y Cereza debía entrar, acompañado por el abuelo, en un patio donde los visitantes podrían verlo desde una zona señalada. Alba había pintado un cartel con un caballo enorme y estaba convencida de que todo saldría a tiempo.

A media mañana oyó la campana. Clin, clin.

Pero Cereza no se movió hacia la entrada de siempre. Alzó las orejas, miró hacia la derecha y permaneció junto al bebedero.

—¿No quiere venir? —preguntó Alba.

El abuelo dejó de hacer sonar la campana.

—Hoy algo es diferente. Primero tenemos que averiguar qué.

Lo intentó una vez más desde donde estaba, sin tirar del caballo ni apurarlo. Cereza dio dos pasos y volvió a detenerse. Alba sintió cómo se le encogía el estómago: quedaban pocas horas para la feria.

—A lo mejor se ha olvidado —murmuró.

—O a lo mejor somos nosotros quienes hemos cambiado algo —respondió el abuelo.

Alba recorrió con la vista el patio. Las guirnaldas seguían guardadas. La verja estaba abierta. El comedero estaba en su sitio. Entonces vio al vecino Tomás, que salía de un corredor lateral cargando dos cajas vacías.

—¿Has visto nuestra campana? —le preguntó.

—Claro. La pasé a la pared del corredor para dejar libre el arco de entrada. Allí se oía mejor entre los puestos —explicó Tomás—. Pensé que ayudaría.

Alba se acercó al arco, sin entrar en el corral. Ahora la campana colgaba junto a una pila de tablones, rollos de cuerda y cajas con decoraciones. Los materiales ocupaban parte del corredor y cerraban su salida al patio de la feria.

—Antes sonaba junto a la verja del camino ancho —dijo ella.

El abuelo siguió la dirección que señalaba su nieta. Desde el lugar donde estaba Cereza, el sonido llegaba ahora de un corredor que no ofrecía un paso despejado. No podían saber exactamente qué pensaba el caballo; sí podían ver que se detenía y que aquel corredor estaba bloqueado.

—¿Y si hacemos que suene más fuerte? —propuso Alba, todavía preocupada por el horario.

—No solucionaría el montón de cajas —contestó el abuelo—. Tampoco vamos a obligarlo a pasar por ahí.

Tomás se llevó una mano a la frente.

—Las dejé solo un momento para preparar las mesas. No pensé en el recorrido.

Los tres miraron el camino ancho que bordeaba el huerto. Estaba despejado y llevaba al mismo patio por otra verja. El abuelo lo revisó antes de acercarse a Cereza. Alba esperó en el espacio reservado a las personas.

Esta vez no utilizaron la campana. El abuelo caminó por la ruta libre y acompañó con calma al caballo. Cereza avanzó detrás de él, se detuvo a olfatear el aire y luego siguió hasta el patio.

Alba soltó la respiración.

—¡Entonces sí podía llegar!

—Podía llegar por este camino, hoy y con estas condiciones —precisó el abuelo—. Eso es lo que hemos comprobado.

Tomás fue a buscar a los demás adultos para retirar las cajas y evitar que volvieran a dejar materiales en las salidas. El abuelo decidió conservar el camino ancho para la feria: le parecía más cómodo y podía vigilarlo bien. Alba cambió su cartel. Bajo el caballo dibujó una flecha grande hacia la nueva entrada. Tomás colocó la señal donde los visitantes pudieran verla.

Cuando empezó la feria, algunos puestos ya habían abierto. La presentación de Cereza comenzó un poco más tarde de lo previsto. Alba pensó en la mañana, en todas las veces que había llamado «desobediencia» a algo que todavía no entendía.

—Mi cartel se ha retrasado —dijo, mirando la flecha.

—Pero ahora indica un camino que de verdad está libre —respondió el abuelo.

La campana permaneció quieta. Desde su zona segura, Alba observó cómo Cereza entraba con el abuelo por el recorrido acordado. Aquella tarde, el sonido más importante no fue clin, clin, sino el de los pasos tranquilos sobre la grava.